

Fiesta del Bautismo del Señor A2026

El bautismo de nuestro Señor Jesús en el río Jordán por manos de Juan el Bautista es un momento importante en su vida y la revelación de su plena identidad como Hijo amado del Padre. También inaugura el inicio de su ministerio público y el cumplimiento de la misión recibida del Padre.

Por eso, la primera lectura de hoy recuerda la profecía de Isaías, donde el siervo de Dios es ungido con el Espíritu Santo para traer justicia a las naciones, abrir los ojos a los ciegos y liberar a los presos.

Sin embargo, hay un problema: el bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento. Juan llamaba al pueblo a la conversión, a alejarse del pecado y de todo lo que se interponía entre ellos y Dios, y a volverse a Dios. ¿Necesitaba nuestro Señor la conversión? Bueno, entendemos que era hombre como nosotros. Sin embargo, la única diferencia entre él y nosotros era que no tenía pecado. Entonces, ¿por qué se dejó bautizar?

En el Evangelio, Juan el Bautista parece inconfortable ante la idea de bautizar a nuestro Señor. Él protesta porque Jesús debería bautizarlo a él y no al revés. Entonces, ¿qué sucede aquí? Bueno, la historia del bautismo de nuestro Señor nos dice algo sobre él mismo y sobre nosotros mismos. ¿Cómo?

Pues bien, nuestro Señor se coloca en la fila de los pecadores. Se identifica con la humanidad pecadora. Es real y verdaderamente uno de nosotros. Pertenece a un pueblo, en primer lugar, a su comunidad inmediata, el pueblo de Israel, un pueblo cuya historia ha estado llena de buenos y malos, de santos y pecadores, y Jesús quiere hacernos saber que él es uno de ellos. Es por esa razón también que le pide a Juan que permita el bautismo para que se cumpla toda justicia. Así pues, el propósito del bautismo de Jesús es el cumplimiento del plan salvífico de Dios.

Además, el bautismo es para nuestro Señor una oportunidad que el Padre aprovecha para revelar su identidad al mundo. El Evangelio dice que mientras oraba, una voz del cielo dijo: «Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco». Esta voz del cielo es la voz de Dios Padre; nos remite a la primera lectura que escuchamos hoy del profeta Isaías, quien nos habla del siervo a quien Dios llama «mi elegido, en quien tengo complacencia».

Nuestro Señor es este siervo elegido por Dios como alianza del pueblo y luz de las naciones. Quien lo acoge, acoge al Padre; quien lo escucha, escucha al Padre; quien lo acepta, acepta al Padre. De la misma manera, quien lo rechaza, rechaza al Padre.

Como le ocurrió a nuestro Señor, en nuestro bautismo también nos sucede lo mismo. Nos convertimos en parte de una familia, un pueblo, una comunidad, una iglesia. Y recibimos una identidad, no solo el nombre que se nos da, sino que además somos llamados cristianos. Y ambos hechos conllevan una cierta responsabilidad. Nuestra llamada a ser cristianos, nuestra iniciación en el bautismo, conlleva una consagración, una santidad ante el Señor. Todos llevamos en nuestra propia persona el toque del Espíritu Santo, el mismo Espíritu que se apareció sobre nuestro Señor en forma de paloma.

Con este toque, el Espíritu nos concede un gran don. Nos llenamos de la gracia de Dios y nos convertimos en un pueblo santo. La mayoría de la gente cree que pasa su vida intentando ser santa. Poco comprenden que ya lo son. Solo tienen que aceptar este don

de Dios y vivir sus implicaciones, porque junto con este don viene la responsabilidad de ser otro Cristo, de ser Cristo los unos para los otros y para el mundo en que vivimos.

Nuestra consagración como cristianos, nuestra vida cristiana, no se limita a la iglesia. El siervo fue enviado, como Jesús, a dedicar su vida a hacer el bien a los demás. Y nosotros también somos enviados como siervos, enviados al barrio, al trabajo, al pueblo o a la ciudad. Estamos llamados a llevar un profundo compromiso con los valores cristianos a una sociedad que ya no parece respetarlos.

Esta misión no se limita a sacerdotes ni religiosos. Surge del bautismo y se refuerza en la confirmación. Es un llamado que nos concierne a todos. Debemos continuar la misión de Cristo porque, por nuestro bautismo, somos el Cuerpo de Cristo. Lo maravilloso de esto es que no estamos solos en la lucha por lograr que los valores de Cristo prevalezcan, por asegurar que las personas sin hogar tengan techo, que los hambrientos reciban alimento y que los débiles y pobres de nuestra sociedad tengan los medios adecuados para vivir una vida digna.

Haríamos bien en seguir el ejemplo de nuestro Señor. Estoy seguro de que si lo hacemos con un corazón generoso y amoroso, también para nosotros se abrirían los cielos y escucharíamos a nuestro Dios decir a cada uno: «Tú eres mi hijo, tú eres mi hija, a quien amo mucho. En ti tengo complacencia».

Déjame terminar. Al aceptar ser bautizado por Juan mientras aún no tenía pecado, nuestro Señor nos da un ejemplo de humildad y conversión. Quiere decirnos que ningún ser humano puede acercarse a Dios sin enmendar sus pecados y convertirse. A lo largo de su ministerio, nuestro Señor insistirá una y otra vez en la necesidad de la conversión y el arrepentimiento del pecado para pertenecer al Reino de Dios.

El Reino de Dios es un don que se ofrece a todos sin distinción; la única condición para entrar es convertirse y creer en Jesús. El cuadro completo del bautismo de nuestro Señor nos enseña algo sobre la naturaleza de Dios: Dios es un misterio que se nos revela poco a poco en la historia humana como un Dios Trinitario.

La voz que proclama en el bautismo de nuestro Señor: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» es la voz del Padre. El Espíritu que descendió como paloma y descendió sobre nuestro Señor es el Espíritu del Padre. Así, en el bautismo de nuestro Señor, Dios se revela más plenamente que con los pastores o los magos en el nacimiento de Jesús. Revela su presencia como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En el bautismo se expresan el amor de Dios por nosotros, la misión del Hijo para la salvación del mundo y la consagración por el Espíritu Santo. Por eso nuestro Señor encomendó a sus discípulos a bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Al celebrar el bautismo del Señor, pidámosle que abrace nuestros corazones a la gracia de la conversión y lo abracemos mientras se revela ante nosotros como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

Isaías 42: 1-4, 6-7; Hechos 10: 34-38; Mateo 3: 13-17



Fecha de la Homilía: el 11 de Enero, 2026
© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20260111homilia.pdf